



MI HÉROE

Per Raúl García Caballero

Sobre las 8 salgo a la calle envuelto en una nebulosa de sentimientos. Tristeza, vacío, rabia, impotencia, ira. Rompo a llorar como un niño sin consuelo. Quiero gritar, salirme de mí mismo, escapar, despertarme de esta pesadilla, mientras, camino cuesta abajo por inercia. No sé si he venido en coche o a pie. No lo recuerdo y tampoco me importa mucho. Sigo caminando, un pie luego el otro, arrastrando las chanclas de un verano que hace días tocó a su fin aunque realmente nunca ha existido. Llueve ligeramente y el suelo está resbaladizo bajo mis pesados pies. Está anocheciendo de manera gradual o eso creo, aunque a la luz de mis ojos el sol más radiante en este momento podría asemejarse a la luz de las profundidades abisales. Soy un ente inerte, inmerso en un dolor profundo, inerte, a la deriva, sigo caminando, pesadamente, un pie luego el otro, no puedo parar de llorar. De repente, un sonido estridente, un sonido agudo de neumáticos frenando en lucha contra el asfalto mojado, me devuelve a la vida, un pitido atroz, una luz cegadora, otra vez ese pitido, un segundo, oigo voces, abro los ojos y me doy cuenta que un coche esta frente a mí, a medio metro, a punto de atropellarme.

Ese hilo tan fino entre la vida y la muerte.

Es miércoles 25 de septiembre de 2020 y estoy en una habitación de la unidad de paliativos del Hospital Geriátrico de Granollers. Mi padre está ingresado desde hace unos días esperando lo inevitable. Él ha decidido acabar aquí. Aquí se siente bien cuidado y las visitas están restringidas. No quiere ver a más gente de la necesaria. De hecho, una vez se despidió de sus tres nietas en casa solo quiere vernos a mi hermana a mi madre y a mí.

Mi madre viene poco y él tampoco quiere que venga mucho. Ella vive en un mundo paralelo debido al Alzheimer que padece desde hace años y que progresivamente va menguando sus facultades mentales. Es por ello que mi hermana y yo estamos todo lo que podemos con él. Eli, que así se llama mi hermana, se ha ido hace un ratito. Nos hemos despedido en el pasillo con un



fuerte abrazo después de un momento de novedades y complicidad. Sobre todo, complicidad. Cuando vuelvo a la habitación, todo está en silencio. Mi padre duerme por efecto de la morfina para el dolor. Son las 5 y media de la tarde y la oscuridad reina en la habitación, solo contestada por los pequeños mordiscos de luz que se cuelan por las rendijas de la persiana en su parte alta, donde la doblez de la misma se resiste a morir como una metáfora de lo que allí sucede.

La habitación es una habitación individual de hospital con colores neutros, con el único detalle de una banda de madera de tonos de fresno de unos 60 centímetros a media altura de la pared más cercana a la cama; la cama de hospital con su hierro frío de los mecanismos abatibles, las ruedas, el mando, el cabecero, hasta las sábanas y la manta son frías. Una mesita de noche, una botella de agua, un vaso de plástico, las luces de noche, el mando de llamada de las enfermeras, las tomas de oxígeno y sistemas de vacío, aparatos de comunicación interna y como mobiliario adicional una butaca adusta, un armario empotrado y una cama nido a juego con la banda de madera, tanto en el color como en el gastado de su aspecto. Solo los dibujos y palabras de cariño de mi hija y mis sobrinas rompen tanta opacidad, colgadas encima de la cama con la frescura y el calor de los colores del cariño y la inocencia.

Mi padre tiene cáncer de páncreas, el monstruo de los cánceres. Se lo diagnosticaron a finales de julio, después de diferentes pruebas, nunca olvidaré el día que su doctora me llamó para confirmarme el diagnóstico. Nos temíamos lo peor, porque en conversaciones con ella en las visitas previas ya habíamos hablado que la cosa no pintaba bien, pero siempre albergas algún tipo de esperanza o no quieres acabar de aceptar la realidad hasta que esta se te clava de una manera profunda y curva rompiendo todo lo que hasta entonces parecía indestructible.

Le cojo de la mano. Su mano huesuda y ajada está un tanto fría al tacto, pero me gusta su suavidad, le aprieto fuerte, cierro los ojos y fluyen recuerdos de mi héroe sin capa, del que me dio la vida. Mi padre, mi ídolo, mi amigo, mi ángel de la guarda, la mejor persona que he conocido nunca, fuerte como un roble y



con un corazón repleto de bondad, se desdibuja como los barcos que se alejan en el horizonte. Con su pijama azul con las mangas azul marino duerme tranquilo como el niño que fue en su Alora natal, su cara denota el sufrimiento y la extrema delgadez acentúa su narizota graciosa y sus profundas ojeras, el bigote sigue ahí su signo de identidad, sobre los labios resecaos y una barba descuidada pero no muy poblada (siempre ha tenido muy poca) le recorre la delgada tez como hormigas que no saben muy bien a donde dirigirse. Le he dicho varias veces si quiere que le afeite pero me ha dicho que no, que así se va a ir y, otra cosa no, pero cabezón es un rato. Genio y figura, el tío.

Me gusta velar su sueño y ser yo quien le cuide a él. Daría todo lo que soy y lo que tengo y hasta lo que no soy y lo que no tengo para que con ello se recuperara, poder curarle y decirle que en unos días nos iremos a casa y todo volverá a ser como antes. Divago y divago y le veo con su metro ochenta y cinco, en su plenitud, en las fotos del servicio militar, en plena forma, con su tableta, guapote, cuando le escribía cartas a mamá, desde Canarias, desde el Sahara. Niña. Siempre la llamaba niña, su niña. Cuando me contaba historias de sus pinitos de boxeador, de su época en Sant Sadurní, trabajando en las cavas, de cuando de niño caminaba grandes distancias para ir al colegio, o cuando tuvo que dejarlo muy pronto para cuidar rebaños de cabras y ovejas para ayudar en casa, eran otros tiempos. Sus batallitas con su amigo del alma Ángel, que murió con 53 años de la misma enfermedad maldita que se lo va a llevar a él, nunca lo superó del todo. Le encantaba contarnos sus historias, siempre divertido, parlanchín, a veces porque no decirlo, repetitivo, pero siempre agradable. Como disfrutábamos con él en la playa, en el campo, en la nieve, en la piscina, le encantaba jugar con nosotros, era un niño grande y a la vez un cuidador nato, defensor a ultranza de los suyos, un caballero de estos días que seguro que el Rey Arturo hubiera requerido para su mesa redonda. Creo que la mejor definición de él es que era una persona que nos hacía mejores a los demás. Trabajador incansable, nunca nos faltó de nada, solo a veces su presencia por las largas horas de trabajo, pero hemos sido siempre muy felices en casa y aunque ahora todo se desmorone seguiremos luchando, por él y por mi madre, su Niña.



A las seis y media abre los ojos y me sonrío.

– Hola chavalote –me dice con voz débil y entrecortada–.

Hace un intento de incorporarse. le suelto la mano y le doy un beso en la frente, le acaricio el pelo blanco alborotado y juego a medio peinárselo un poco con la mano, en el pelo no he salido a él pues la alopecia se adueñó de mi azotea a partir de los treinta. Me pide que le dé un vaso de agua y después de beber, no sin dificultad, me pide que suba las persianas que quiere ver la luz del día, de sus últimos días. Me lo dice en puntos suspensivos, con un brillo de tristeza en su mirada profunda, estoy por decirle que no diga eso pero me quedo callado, se hace un silencio crudo mientras le hago caso y subo las persianas. La claridad da un poco de vida a la estancia y vuelvo a su lado, le cojo la mano de nuevo, no quiero soltarla, es más le abrazo, le abrazo tan fuerte que me dice sonriendo que le aprieto mucho, en ese momento no caigo en su debilidad latente, la enfermedad se lo ha llevado casi todo de él, solo ha dejado lo que no puede quitarle ni podrá quitarle nunca, su grandeza como persona, su entereza, su fuerza mental y su valentía. Estoy intentando no llorar, él se da cuenta, me dice que no lo haga que todo irá bien, que sea fuerte, que sea humilde, que cuide de los míos, que son los suyos, que no me rinda nunca, que la mama me necesita, que seamos fuertes, que mi hermana y yo nos tenemos el uno al otro y eso nunca ha de cambiar, que nos quiere con el alma, que no se quiere ir, pero que la vida es así, que la suerte estaba echada desde el primer momento y solo quedaba aceptarlo, que la mama, la mama. ¡Ay la mama! Yo sé que lo que más le preocupa es la mama. Él era su cuidador, su apoyo, su fuerza, su memoria, su motor. Intento tranquilizarlo. La cuidaremos, le digo, estaremos con ella. Todos. Todo va a ir bien. No sé cómo lo hago, pero no me derrumbo. Y tus niñas no te olvidarán nunca porque se lo has dado todo desde siempre, has sido el mejor padre y el mejor abuelo, un ejemplo para todos. Ya no puedo más me voy hacia la terraza, se me había olvidado decir que la habitación tiene una pequeña terracita. Él vuelve a decirme que no llore, que sea fuerte, que ya está.



– Raúl, chavalote, no pasa nada, la vida es así, me reuniré con mi amigo Ángel y nos tomaremos una cervecita allí arriba, y desde allí os cuidaré, como siempre, va no llores más cariño.

Alza un poco la voz, la poca que le queda y yo vuelvo a entrar, me abrazo a él, nos miramos, cómplices. El abrazo se prolonga en el tiempo, quiero impregnarme de su olor de su esencia, de su magia. Me voy a otras épocas, a tantos momentos felices, mi padre, mi ídolo, mi héroe, mi amigo. Cuando nos separamos me dice que me quiere y me da un beso tierno en la mejilla, me dice que le dé otro poco de agua y que está cansado, no sé qué hora es, pero no hay mucha luz en la habitación, me dice que baje las persianas que quiere dormir un poco, cuando lo hago y vuelvo a la cama está prácticamente dormido, le doy un beso prolongado en la frente y me despido en susurros hasta el día siguiente. Me quedo mirando la habitación desde la puerta, lo miro a él, egoístamente no quiero que se vaya pero sufre, sufre muchísimo y se tiene que ir, él está en paz, con todos y sobretodo consigo mismo y se tiene que ir. No es justo.

Miro el reloj por inercia. Son casi las ocho.

Mi padre, Pedro García Santos, murió el día 8 de octubre de 2020 a las 23.50, una semana después de su sedación. Cuando dejó de respirar yo agarraba fuerte su mano suave. No se quería ir. Tenía 73 años.